

FELICIDAD RAMOS



COsas QUE HAREMOS
TÚ Y YO
CUANDO VOLVAMOS
A VERNOS

**COSAS QUE HAREMOS
TÚ Y YO
CUANDO VOLVAMOS
A VERNOS**

FELICIDAD RAMOS

Colección LovePills

© Felicidad Ramos, 2016

© Registrado en SafeCreative

Diseño portada: FiftyFifty, 2017

© Todos los derechos reservados.

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la Ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de su propiedad intelectual. La infracción de los derechos de difusión de la obra puede ser constitutiva de delito contra la la propiedad

intelectual (Arts. 270 y ss. del Código Penal).

Salto al vacío

La mañana que me marché de casa fue la más dura de mi vida. Agarré el pomo de la puerta y traspasé el umbral sin mirar atrás. Hacerlo fue doloroso, y estaba segura de que si titubeaba no sería capaz de llevar a cabo la decisión que había tomado. Dejaba tras aquella puerta mi vida, ni mejor ni peor que la de cualquier otra persona, pero hasta ese momento había sido la que yo quería vivir. Nunca hubiese imaginado que aquel momento llegara a suceder jamás, y menos por aquel motivo. Pero no tenía más remedio que hacerlo, no podía condenar a Joel a un futuro que no se merecía. Sí, porque le mentí. Joel, mi pareja, no sabía que yo desaparecería ese día. Él se levantó como cada mañana, desayunamos juntos apenas sin hablarnos y se marchó a trabajar como era habitual, mientras yo fingía una falsa normalidad. Aunque tras la noticia, nada fue igual que antes.

Lloré mientras recogía mi ropa y la metía en una bolsa de deporte. Lloré cuando recogí el álbum de fotos de ambos —que eran un fiel reflejo de nuestra relación de casi tres años—, cuando dejé la escueta nota encima de la cómoda junto a las llaves, cuando puse el primer pie en el felpudo en dirección al portal. Creí agonizar de dolor al llegar al coche, donde me derrumbé en brazos de Alex, mi hermano. Y él lloró conmigo. Me abrazó tan fuerte como si quisiera evitar que los pedazos de mi alma rota cayeran al suelo. En aquellos sesenta metros cuadrados se quedaban para siempre mi vida con Joel y —lo más doloroso— nuestros recuerdos e ilusiones. ¡Qué difícil es abandonar a alguien a quien amas con todo tu corazón!

De camino a casa de Alex, que ahora sería mi nuevo hogar, pensé en Joel, en cómo lo había conocido y en por qué el destino había sido tan cabrón de ponerlo en mi camino, para ahora tener que abandonarlo.

Joel y yo no habíamos tenido una relación fácil. Nos conocimos en el último año de universidad, hacía unos diez años. Él era el típico chico malo, del que me enamoré locamente y con el que soñé formar una familia en un futuro, tener una casa bonita y un trabajo como profesora con el que ganarme bien la vida. Pero no pudo terminar sus estudios debido a la muerte de sus padres en un accidente de tráfico. Tuvo que abandonar su carrera y ponerse a trabajar para sustentar a sus dos hermanas, entonces menores. Aquella fue una mala época, que lejos de separarnos nos unió más si cabía, pero no fue fácil para él. Vio desvanecerse sus sueños de ser un gran ingeniero y, con ellos, todo lo que habíamos planeado juntos. Mantuvimos una relación intensa durante tres años, que acabó en el momento en que a él le ofrecieron trabajar en una plataforma petrolífera en medio del océano en la otra punta del mundo. Aunque yo fui la primera que lo animó a hacerlo —porque era una oportunidad única para ganar dinero durante una temporada y poder darles una educación digna a sus hermanas—, me arrepentí en cuanto fui consciente de las consecuencias que acarrearían a nuestra relación. Cuando nos despedimos en aquel aeropuerto, supe que no soportaríamos la distancia; dependíamos demasiado el uno del otro, y egoístamente quise gritar que no lo hiciera. A pesar de todo, acepté el pacto que me propuso: «Olivia, solo son dos años; es mucho dinero, el necesario para poder cumplir lo que planeamos y, luego, se acabó. Es un trabajo duro, pero dan buenas vacaciones e intentaré venir siempre que pueda. Hagamos una lista con cosas que haremos juntos cuando vuelva. Así tendremos un motivo para esperar; te prometo que las cumpliremos. Las promesas no se pueden romper, trae mala suerte, pequeña». Eso último me lo susurró después de hacer el amor la noche antes de su partida.

Y con lágrimas en los ojos y la lista de deseos arrugada dentro de mi puño le dije un “hasta luego”, mientras lo veía desaparecer por la puerta de embarque. Tuve el palpito de que ya nada sería lo mismo y que, seguramente, aquellas promesas escritas en aquel papel nunca se llevarían a cabo.

Efectivamente, el duro trabajo en la plataforma y la escasez de medios económicos para volver todas las vacaciones que le correspondían, fueron minando poco a poco nuestra relación.

Las llamadas y mensajes se fueron espaciando en el tiempo, hasta que un día, simplemente, dejaron de llegar. Éramos demasiado jóvenes y nos

separaban demasiadas cosas. La ruptura llegó por medio de una llamada de teléfono, sin rencores ni reproches. Creo que los dos lo sabíamos y fuimos conscientes de que nuestras vidas debían tomar rumbos opuestos. Yo quería una vida cómoda, tenía planes de futuro. Él estaba lejos, necesitaba el trabajo y el dinero, y me instó a luchar por mis sueños sin ser él quien los entorpeciera.

Fue duro al principio y el vacío enorme, pero acabó y no volvimos a vernos. Cada uno rehízo su vida y, aunque nunca lo olvidé, nuestra relación quedó marcada en mi recuerdo como lo que fue: el primer amor de juventud.

Tras mucho vagar como suplente de escuela en escuela, conseguí un buen trabajo como bibliotecaria. Un empleo modesto pero que me encantaba. Pude establecerme en un pequeño estudio e independizarme, tal y como había soñado. Durante los años posteriores, mantuve algunas relaciones que no llegaron a nada, hasta que conocí a Pete, un abogado de buena familia y con el que conseguí enderezar mi vida amorosa. Tras dos años de convivencia, debido a los problemas económicos que nos produjo la crisis y tras enterarme de varias infidelidades, la relación se deterioró y se rompió definitivamente la nochebuena de 2013, tras una vergonzosa discusión ante nuestras familias y amigos.

Volvía de nuevo a comenzar de cero.

Continué con mi trabajo y mi vida, y fue el destino, el mismo que nos separó mucho tiempo atrás, el que hacía dos años y medio consiguió que Joel y yo coincidiéramos en el aeropuerto cuando me disponía a tomar unas pequeñas vacaciones.

Tras la sorpresa inicial, algo cohibidos y emocionados, charlamos sobre los viejos tiempos y de cómo nos había ido la vida. Desde el minuto uno, fue como si no hubiésemos estado separados ni una semana; ese tipo de conexión que tienes con la gente con la que has compartido muchas cosas en tu vida y que es imposible romper, pase el tiempo que pase. Me encontré a un hombre hecho y derecho, con la cabeza bien amueblada y los pies en la tierra. Seguía siendo el mismo, pero con un grado de madurez que me impactó. Y guapo, muy guapo. Había mejorado con los años, no había duda.

Ese día nos dimos los teléfonos y nos dijimos adiós y, posiblemente, ninguno de los dos durmió aquella noche. El refrán “Donde hubo fuego aún quedan brasas” era cierto. Una semana después tomábamos café, un mes después ya habíamos cenado un par de veces y al sexto me pidió que viviéramos juntos. Desde aquel día nos volvimos inseparables. Decidimos que ninguna circunstancia sería suficiente para separarnos de nuevo. Acoplamos nuestras vidas y nuestro futuro, que pintaba de colores con grandes planes y retos por cumplir. No supe cuán equivocada estaba hasta aquella fatídica noche de octubre del año pasado, aquella maldita llamada que recordaré como la más horrible de mi existencia.

Era una noche especial para Joel y para mí: celebrábamos otro *cumplemes*. Algo infantil, lo sé, pero cualquier excusa era perfecta para festejar cada momento que pasábamos el uno con el otro. Nos queríamos, nos amábamos y nos gustaba compartirlo a menudo. Pero aquella noche especial se tornaría una verdadera pesadilla.

Preparaba la cena cuando sonó mi móvil sobre la encimera de la cocina. Cuando vi el número de mi exnovio o Pete en la pantalla me extrañé. Hacía mucho tiempo que no sabía nada de él. Tuve un mal presentimiento, un pellizco en mi pecho me anticipó que algo no iba bien. Intuición femenina, brujería, no lo sé, pero lo sentí. Cogí el móvil y contesté expectante.

—Hola, Olivia, soy Pete.

Aunque la reconocí, su voz sonaba extraña, ronca y temblorosa.

—Pete..., qué... sorpresa.

—Siento llamarte a estas horas, y después de tanto tiempo. Yo... llevo días intentando reunir el valor para hacerlo.

—No entiendo, ¿ha ocurrido algo? ¿Estás bien? —pregunté confusa.

—No, no estoy bien, Olivia. —Hizo una pausa y, tras un suspiro, continuó —: Ante todo, pase lo que pase, te pido que me perdones por lo que voy a

decirte.

—¿Qué es lo que pasa? Me estás asustando —inquirí algo más nerviosa—. No entiendo la razón de tu llamada, han pasado dos años desde la última vez que supe de ti.

—Estoy... enfermo.

Se hizo un silencio gélido y espeso en ambos lados de la línea. Aquella noticia me dejó fuera de juego.

—Vaya, lo siento mucho, Pete —respondí con toda sinceridad—. Yo... Si hay algo que pueda hacer...

Lo oí toser para aclarar su voz. Debía ser difícil para él comunicar algo así.

—Por eso te llamo, Olivia. Necesito que hagas una cosa.

—Si está en mi mano...

—Me han diagnosticado VIH.

—¡Por el amor de Dios! —Ahogué mis palabras echándome la mano a la boca, aterrorizada. De todas las posibles opciones, jamás hubiese imaginado esa.

—Lo siento mucho. Lo siento mucho...

Pete se derrumbó y comenzó a llorar como un niño pequeño que no halla consuelo. Reaccioné a su llanto, decidiendo que alguien debía tomar el mando de la situación. Pete me estaba confesando algo muy grave y sentí que debía apoyarlo.

—Pete, cálmate, por favor. Siento que estés pasando por esto, pero yo... Aunque hace años que rompimos..., ¿cómo puedo ayudarte?

—Olivia, tienes que ir a un hospital a que te hagan las pruebas. Debes hacértelas cuanto antes —balbuceó entre hipo y sollozos.

Abrumada por sus palabras, mi mente no quiso entender lo que Pete me decía entre líneas. El mecanismo de autodefensa entró en acción y me resistí a aceptar el verdadero mensaje que quería transmitirme mi exnovio. Pete pertenecía a mi pasado, yo tenía mi vida.

—Estuve viendo a una chica mientras estuvimos juntos. No fue nada serio, solo nos vimos durante un par de meses... —prosiguió con la voz quebrada.

No entendía a dónde quería llegar. Recordar aquellos tiempos de infidelidades no era precisamente grato.

—¿Qué quieres decir? —Las piernas comenzaron a temblarme de tal forma que tuve que agarrarme a la encimera para no caer. Las defensas de mi mente se tambaleaban por segundos y caerían si se confirmaban las sospechas que no me atrevía a aceptar.

—Me enteré hace apenas un mes de que ella había dado positivo en las pruebas, como ahora lo he dado yo. —Su voz era un hilo trémulo al otro lado del teléfono, lleno de angustia y dolor—. Lo siento tanto, Olivia, tanto... Ella me avisó para que me hiciera las pruebas y... Lo siento, lo siento...

—No... , no... Esto no puede ser verdad..., ¡me estás mintiendo!... ¡¿Por qué me haces esto después de tanto tiempo?! —le grité fuera de mí, reaccionando a sus palabras.

—No, Olivia, es cierto y lo siento mucho, no sabes cuánto... Por eso debes ir de inmediato al hospital. Por Dios, espero de corazón que no hayas..., que no estés... —Hubo otro silencio y volvió a romper en llanto—. Lo siento mucho ¡joder! ¡Lo siento!

El suelo se abrió bajo mis pies y caí en caída libre hacia el infierno. Dejé de respirar, de sentir mis brazos y piernas, no sentía nada más que un dolor inmenso en el pecho. Me desplomé con el teléfono aún en una mano y un cuchillo en la otra. Dolor, dolor y más dolor.

No escuché a Joel llegar, ni lo oí gritar cuando intentó apagar el pequeño fuego que se había originado en los fogones al quemarse el sofrito que preparaba. No sentí su abrazo exigente cuando intentaba hacerme reaccionar. Era como una muñeca de trapo: ciega, sorda y muda. Me abandoné al miedo, y tan solo los enormes ojos color chocolate de Joel, que ahora me miraban llenos de preocupación, me hicieron de guía como un faro para regresar a la realidad.

—¡Olivia! ¿Qué te ocurre? ¡Olivia, cariño!

Su voz, lenta y lejana como si estuviera a miles de kilómetros, fue haciéndose más nítida y rotunda. Cuando pude mirarlo a los ojos con plena consciencia, me rompí. No solo yo estaba en peligro de estar enferma. Si yo había contraído el virus, muy posiblemente Joel también. ¿Qué decir? ¿Cómo?

Me zafé con violencia de sus brazos y repté hasta recuperar fuerzas y levantarme ante su estupefacción. Corrí con dificultad hacia el baño, cerré el pestillo y me lancé hacia el inodoro. Mientras yo lloraba y vomitaba mi dolor y culpa, Joel, preso del pánico y la incertidumbre, aporreaba la puerta.

Quise morir allí mismo. Si algo le pasaba a Joel, no me lo perdonaría en la vida.

Aquellos primeros días fueron un auténtico drama. Cuando tuve el valor de contarle a Joel lo que había pasado, me convencí de que aquel sería el fin. Pero él se mantuvo a mi lado, intentó tranquilizarme, aun cuando su rostro estaba completamente descompuesto por el dolor. Sus preciosos ojos no mentían: estaba tan aterrorizado como yo.

Llamó a un conocido suyo, oncólogo de un gran hospital de la ciudad, y tras pedirle que tratara el tema con total discreción nos consiguió cita con el doctor Krakowski. «Lo primero son los análisis: antes de eso, es de tontos alarmarse», le dijo. Ellos nos confirmarían si éramos portadores del virus VIH. Joel insistió con firmeza en la posibilidad de que ambos estuviéramos limpios, pero yo no compartía su optimismo. El miedo tiene ese poder: lo destruye todo, hasta la más nimia esperanza.

Nos llamaron dos días después desde el hospital y acudimos a la consulta del doctor Krakowski a recoger los resultados. Estábamos muertos de miedo. Casi no pude moverme, paralizada por la incertidumbre y el pánico mientras el doctor comenzaba a explicarnos el veredicto con expresión impávida. Joel me agarró la mano con fuerza, intentando trasladarme algo de ánimo o, quizás s , para evitar que notara el temor que él sentía.

Cuando el doctor nos dijo que Joel estaba limpio, lloré de felicidad, aliviada y enormemente agradecida a Dios, aunque nunca había sido religiosa. Nos abrazamos y lloramos juntos durante algunos minutos, pero algo en el semblante de Joel me alarmó en cuanto levanté la mirada. Él miraba al frente, en dirección al doctor. No hizo falta que el médico dijera nada. Leí en el rostro de Joel el dolor y la impotencia. Se tensó y fijó sus grandes ojos en los míos, a la espera de mi desoladora reacción. Los cerré y un gran jadeo se escapó de mi garganta, dejándome en un estado parecido a la gelatina y con dificultad para respirar. ¡No! ¡Eso no podía ser verdad! ¡Eso no podía pasarme a mí!

—Señorita Stewart, lo siento.

Las palabras del doctor Krakowski fueron como un cuchillo de hoja caliente rasgándome el alma, rasgándome la vida. Dejé de respirar y me desmayé. Aquellas malditas palabras cambiarían mi vida para siempre.

Mi vida sin mí

Durante las primeras semanas tras la confirmación de la nefasta noticia, apenas salí de la cama. Solicité unos días de vacaciones que me debían y me atrincheré en la habitación de invitados, sin apenas comer ni dormir. Joel intentaba hablar conmigo, pero yo no podía ni quería escucharlo. Le prohibí hablar con mi familia, hasta que yo decidiera el momento oportuno para informarles de mi situación.

Durante ese tiempo pensé mucho. No hay nada peor que tener tiempo para pensar en una situación así. Aunque el doctor nos aseguró que se trataba de una enfermedad crónica y que hoy en día, con los cuidados y tratamientos adecuados, el riesgo a desarrollar el Sida eran mínimos, mi mundo se desmoronó. Imaginé mi nueva vida, sin planes ni sueños por cumplir, apartada de todo el mundo. Y Joel no aparecía en ella. No podía condenarlo a vivir conmigo en esta cárcel en la que iba a convertirse mi existencia. El que él estuviera sano era fantástico, pero no solucionaba nada. Nuestra relación no podía seguir. ¿Qué podría yo ofrecerle a partir de ahora? Estaba enferma. ¿Qué clase de porvenir le esperaba conmigo? Era joven y se merecía una familia que yo no podría darle, una relación normal con alguien con quien disfrutar plenamente de la vida en pareja, con la que forjar un futuro. Yo, eso, ya no podría dárselo.

Discutimos mucho, casi lo volví loco y, al final, no soportó la presión. Él insistía una y otra vez en que necesitábamos ayuda, asesorarnos, que alguien nos explicara lo que pasaría a partir de ahora. Pero yo me negaba; estaba enfadada, pero no con él, con la vida.

Una mañana, Joel se marchó, incapaz de soportar ni un segundo más mi negativa a salir de la cama y cansado de suplicarme que lo dejara ayudarme. Estaba a punto de enloquecer. Una hora después, la puerta de la habitación se abrió, pero no fue él quien apareció tras ella; fue Alex, mi hermano. No dijo nada, me observó desde el quicio y se acercó con lágrimas en los ojos. Tras sentarse junto a mí, me acarició el pelo en silencio.

—¿Qué voy a hacer ahora, Alex? ¿Por qué me ha pasado esto a mí? ¡¿Por qué?! —escupí con dolor.

Alex fue mi salvación. Lloramos juntos y abrazados hasta que saqué toda la rabia y la frustración que tenía dentro. Descargué con él la ira y el dolor amasado en mi pecho desde que me enteré de la fatal noticia. Necesitaba hacerlo con alguien, pero no con Joel. Él era un daño colateral en esta historia, alguien que desgraciadamente sufriría por mi culpa. No fui capaz de hacerlo partícipe de mi angustia porque él estaba implicado, él era parte del dolor que me consumía. Y lo último que quería en esta vida era ver sufrir al amor de mi vida.

Finalmente, tras la explosión de emociones, conseguí dormir a causa del agotamiento acumulado en los últimos días. Alex se encaró conmigo cuando desperté y me negué a salir de mi encierro. Me convenció de que lo mejor era asesorarme sobre la enfermedad, sopesar las opciones, medicarme y luchar. Joel estaba sentado en el sofá, completamente deshecho. Estaba dolido porque yo lo alejaba, porque estaba obcecada en apartarlo de mí, pero tenía la esperanza de que la visita de mi hermano aplacara mi tozudez y me hiciera entrar en razón. Y así fue: a regañadientes, accedí a acudir al doctor pero si mi hermano nos acompañaba. No quería quedarme a solas con Joel; era incapaz de enfrentarme a él.

Aquella visita al doctor fue muy dura. Se me informó del protocolo de actuación a partir de ahora. Se me explicaron los diferentes tratamientos que existían en la actualidad y se programaron varias pruebas y análisis para dictaminar el tratamiento adecuado para el grado de mi enfermedad, que según me dijo era inicial, afortunadamente. Porque sí, ahora ya estaba clasificada como una paciente portadora del virus VIH. Era seropositiva.

Durante la charla de rigor, en la que me mantuve en silencio, casi ausente, observé a Alex y Joel. Sus expresiones ante lo que escuchaban por boca del doctor, aunque parecidas, no eran del todo iguales. Ambos hicieron muchas preguntas sobre la enfermedad en general, pero también en cuanto a cómo iba a cambiar mi vida desde ese momento. Noté que Joel quería preguntar algo, pero no sabía cómo. Retorcía las manos en su regazo, preso de los nervios, y sin saber muy bien cómo, reaccioné y me adelanté:

—No podré tener vida en pareja de nuevo, ¿verdad?

Los tres hombres me miraron sorprendidos. No por la pregunta en sí, sino porque mi voz carecía de emoción alguna.

—Cariño, no es necesario hacer estas preguntas ahora, tranquila... —me susurró Joel con complicidad, intentado atrapar mi mano para hacerme entender que aquello no era lo más importante ahora para él.

—Necesito saber si podré mantener relaciones sexuales plenas, si podré tener hijos —exigí al doctor, ignorando a Joel.

El hombrecillo, como buen profesional, captó enseguida la angustia que se había formado a nuestro alrededor, y con voz tranquila se dirigió a mí:

—Olivia, hoy en día existen muchas parejas mixtas, las cuales se componen de un portador de VIH y de un no portador. Con las medidas de precaución adecuadas, es posible mantener relaciones sexuales sin riesgo de infección. Es aconsejable no practicar penetración, considerada de alto riesgo, pero pueden disfrutar de una actividad sexual satisfactoria con otras técnicas. Podrá hacer una vida prácticamente normal, el tratamiento no es invasivo y no tiene por qué afectar a su relación, siempre y cuando ambos estén informados y convencidos de tomar estas precauciones de las que les hablo.

—Yo no quiero vivir una vida prácticamente normal, ¡quiero vivir una vida normal! —estallé, presa de la rabia contenida.

Estaba enfadada, muy enfadada. Me levanté y me fui de la consulta, donde sentía que me ahogaba.

Joel quiso salir tras de mí pero mi hermano se lo impidió; era mejor dejarme sola. Salí del hospital buscando espacio abierto, aire que respirar, luz natural. Una vez en la calle, y tras calmar la ansiedad que me doblaba en dos, observé el mundo que se movía a mi alrededor: gente que iba a trabajar, paseaba o simplemente pasaba por allí. El mundo seguía girando para todas aquellas personas, pero no para mí.

Me derrumbé en un banco del jardín. Me sentí pequeña, indefensa, sola.

Comencé el tratamiento durante la siguiente semana. Análisis, pruebas y las visitas al hospital se tornaron mi rutina durante el primer mes. Me vi obligada a solicitar una excedencia laboral, ya que mi estado anímico no era el más óptimo para realizar mis tareas. Creí que mi entorno me rechazaría si llegara a enterarse de mi enfermedad. Alex y yo decidimos no informar a la familia hasta que yo no estuviera preparada para la reacción, sobre todo de mis padres. Si yo misma me rechazaba, ¿cómo no iban a hacerlo los demás?

Joel, aunque se esforzó por aparentar normalidad, no pudo hacerme entrar en razón y lo aparté de mí. Nuestra relación se enfrió como el hielo poco a poco. Yo lo ignoraba y, cuando no lo hacía, descargaba mi frustración contra él. Mi hermano, que se quedó con nosotros una temporada, intentó apaciguar la situación, pero era una tarea imposible. Yo seguía en mis trece, culpándome por no poder ofrecerle a Joel la vida que habíamos soñado. Aguantó lo indecible, pero aquello era insoportable y yo era consciente de ello. Después de cada discusión, el arrepentimiento me consumía y entré en un bucle de autocompasión enfermizo. No vi otra salida que huir por el bien de ambos. Si no quería destrozarle más la vida, debía dejarlo vivir en paz. Él me amaba y yo a él, pero ahora nos separaba algo más que una circunstancia banal, y yo deseaba lo mejor para él. Y ese deseo no podría cumplirse a mi lado.

Así que aquella mañana traspasé la puerta con mis recuerdos en la mochila y con la firme convicción de que mi decisión era la adecuada. No quise pensar en su reacción al llegar a casa y no encontrar rastro de mí, más que una escueta carta de despedida redactada con todo el dolor de mi alma: «Necesito tiempo. No me busques. Lo siento».

«Haces bien, Olivia, haces lo mejor para él», me repetí una y otra vez.

Mi vida durante este año que ha pasado desde que rompí con Joel ha sido como una montaña rusa. Cuando comuniqué la noticia a mi familia, fue el trance más duro. Mis padres se hundieron, como era de esperar, pero enseguida me mostraron su cariño incondicional trasladándose durante unas semanas a casa de mi hermano y apoyándome en todo momento. Tuve miedo al rechazo pero, gracias a Dios, con buena información sobre la enfermedad,

todos mis temores se desvanecieron. El resto de la familia se volcó conmigo. Aunque en ocasiones sigo preguntándome por qué a mí, he aprendido a sobrellevar lo que significa ser una persona seropositiva.

Gracias a la inestimable ayuda de Dylan, un estudiante de química al que conocí en la consulta del doctor Kakrowski, me integré en un grupo de terapia para enfermos de VIH, dirigido por la doctora Carol Méndez. Allí he conocido a gente maravillosa. Pacientes que, como yo, se han visto azotados por esta enfermedad por diferentes causas. Esta enfermedad no diferencia razas, edades ni *status* sociales. Las causas de sus infecciones son variadas: transmisión sexual, transfusiones, malas prácticas con jeringuillas, por algo tan común hoy en día como hacerse un tatuaje o incluso por herencia materna. Era el caso de Dylan, que nació con el virus al serle transferido por su madre durante la gestación. Quizás, hasta que no lo conocí y me comentó su caso, no fui consciente de la suerte que yo había tenido. Sí, digo suerte porque yo he podido disfrutar de treinta y tres años de mi vida con buena salud, viviendo sin preocupaciones y ajena a este tipo de problemas. Hay personas como Dylan, que no han tenido esa opción.

Gracias al apoyo de familia y profesionales, he comprendido que esta dolencia es una enfermedad crónica como muchas otras, que de momento no tiene cura, pero con la que se puede vivir casi con normalidad tomando las precauciones oportunas. Pero lo he comprendido demasiado tarde.

Aunque este año me ha servido para aceptarme a mí misma, no me siento completa. El vacío que sentía en mi pecho nada ni nadie lo podía llenar, porque pertenecía a Joel. Necesité de su abrazo en noches muy duras, de sus palabras cuando mi fortaleza se resquebrajaba. Lo echaba muchísimo de menos, pero me convencí de que mantenerlo lejos era lo mejor, dándole la oportunidad de rehacer su vida. Estaba convencida de que era lo mejor para ambos.

Sobra decir que tras mi marcha, casi enloqueció. Intentó verme por activa y por pasiva sin conseguir su objetivo. Fue muy duro para él, mucho. Durante los meses siguientes, no cesó en su empeño, aunque cada vez con menos intensidad debido a mis negativas. Sabía que lo estaba perdiendo poco a poco, y dolía, ¡vaya si dolía!, pero ni siquiera tuve valor de atender sus llamadas, puesto que si lo hacía, alargaría la agonía de algo que me empeñé en

romper. Alex fue nuestro puente de comunicación, por el que yo supliqué tiempo. Necesitaba asimilar lo que me estaba pasando y aceptar el cambio que había dado mi vida, pero también saber que él estaba bien, si no, para mí sería más difícil seguir adelante. Supongo que él sentía lo mismo. Me consta que estuvo pendiente de mis progresos y esperó paciente el momento adecuado para volver a intentar acercarse a mí. Mi hermano y él se veían con asiduidad, y aunque Alex lo instó en varias ocasiones a abandonar la idea de esperarme, él se negó a hacerlo. El día seis de cada mes me hizo llegar un pequeño obsequio para celebrar cada *cumpleme s* : flores, un libro, un cd, que siempre acompaña con una frase llena de esperanza que terminaba con un “te quiero”.

Aquel hombre de ojos color chocolate y abrazo cálido y protector, me amaba tanto o más que yo a él, y su coraje me lo demostraba. Estaba siendo más valiente de lo que fui yo en su momento, dando la cara, esperándome y no huyendo, como hice yo. Sé que era muy complicado para él entender mi postura; posiblemente, yo no hubiese resistido tanto, pero no se rindió. De vez en cuando recibía algún mensaje de texto o alguna locución en la que me decía lo mucho que me echaba de menos. No quería escuchar su voz, y en muchas ocasiones estuve tentada de borrar las grabaciones. Pero, al final, me tumbaba en la cama, y a escondidas de Alex las escuchaba una y otra vez entre lágrimas.

Una tarde, cuando mi hermano regresó del trabajo, me instó a que me sentara frente a él, ya que tenía algo que decirme. Me alarmé, pues no tenía idea del porqué de su semblante serio y sus secos modos.

—Olivia, esto tiene que acabar ya.

—No entiendo a qué te refieres —le indiqué confusa.

—A esto, a ti y a Joel —respondió, cogiendo mi móvil y reproduciendo una de las grabaciones.

—Esto no es asunto tuyo —repliqué molesta, intentando hacerme con el teléfono.

—Lo es desde el momento en que veo cómo sufrís los dos al estar

separados. ¿Es que no entiendes lo que Joel está pasando? Tú estás enferma, pero él también al ver cómo le has apartado de tu vida. No le diste opción a pensar en cómo ayudarte.

—¡Tú no lo entiendes! ¿Crees que yo no lo he pasado mal? Lo que hice era lo mejor para él, lo mejor para los dos.

—No, Olivia, era lo mejor para ti. No le diste la oportunidad de elegir si quería continuar contigo o no, decidiste por él. Distes por hecho que su vida contigo sería una mierda, que él no querría seguir a tu lado. Olivia, Joel te quiere más que a su vida. ¿Es que no lo ves?

—¿Crees que yo no le quiero? Lo hice por eso, porque lo amo, y no podía obligarlo a sacrificar su futuro junto a una persona que no podía ofrecerle nada —respondí con la voz rota.

—¿Estás tonta o qué? ¿Acaso no has aprendido nada durante este año? Tienes una vida normal, eres una persona normal, Olivia. ¿Qué te impide amar y ser amada?

—Tengo una tara, Alex, no quiero vivir una historia en la que la persona a la que amo busque en otras mujeres lo que no encuentra conmigo. Ya lo viví una vez, y gracias a eso ahora estoy viviendo esta pesadilla.

Alex se echó las manos a la cabeza, incrédulo.

—¿Todo se reduce al sexo? Por el amor de Dios, y ¿qué hay de todo lo demás? Vuestra relación significa mucho más que eso, Olivia, ¿por qué te empeñas en negarte a ser feliz?

—Yo quiero ser feliz, pero él no lo podría ser conmigo. ¿Es que no lo entiendes?

Estaba cansada de repetir lo mismo una y otra vez. Nadie comprendía mis motivos.

—No, no lo entiendo. Le pediste tiempo, ¿recuerdas? Pues si no entras en

razón ya, perderás la última oportunidad de recuperarlo.

—¿De qué estás hablando? —interrogué inquieta.

—Joel se va dentro de una semana. Olivia, se marcha del país para no volver. ¿Entiendes? Ya no tiene fuerzas para seguir luchando por ti y necesita alejarse para poder olvidarte. Le han ofrecido un buen puesto y cree que es la oportunidad perfecta para hacerlo. Enhorabuena, espero que estés satisfecha.

Fijé mi mirada en mis manos, que descansaban sobre mi regazo, temblando. Quería gritar, pero mi garganta se negaba a emitir más que palabras sueltas y extraviadas.

—Se va...

—¿Y qué esperabas? No puede pasarse la vida esperándote. ¿No era lo que querías? Si lo amas de verdad, déjate de tonterías y arregla esto de una puta vez.

Alex se levantó muy molesto y se encerró en su habitación dando un portazo. Yo me quedé allí inmóvil, mirando las vetas de la madera de la mesa, mientras mis latidos se hacían más y más fuertes en mis sienes. Sentí una presión en el pecho, estrangulando mi corazón hasta doler. Reproduje en mi mente una y otra vez las últimas palabras de mi hermano: «Joel se va dentro de un par de semanas. Se marcha del país para no volver. No va a volver, no va a volver». ¡No, no podía permitirlo! Pero ¿qué iba a hacer? ¿Llamarlo de buenas a primeras y decirle que no se marchara? ¿Acudir a su encuentro y suplicarle que no me abandonara como lo hice yo? ¿Qué derecho tenía cuando me había tirado un año echándolo de mi vida?

Hiné los codos sobre la mesa y me froté los ojos con las manos. Alex tenía razón, no le di oportunidad de elegir, decidí cual sería nuestra vida tomando una decisión unilateralmente. Y no tenía motivos para ello, puesto que Joel en ningún momento me mostró rechazo ni dudó en apoyarme. Ni siquiera me miró con recelo cuando supo que él podría estar también infectado. Pudo dejarme en el instante en que supo que no era portador, haberme dejado a mi suerte, pero no lo hizo. La única que se comportó como una verdadera egoísta fui yo.

Me retiré a mi habitación casi arrastrando mis pasos y perdida en mis pensamientos. Instintivamente me dirigí hacia la cómoda, dispuesta frente a la cama, y saqué de un cajón un álbum de fotos. Me senté en la cama y abrí el libro en el que se reflejaba parte de nuestra vida juntos: nuestra primera cena, el día que me mudé a su apartamento, una foto de cada *cumplemes*, la fiesta de su cumpleaños, nuestra primera Navidad juntos, nuestras primeras vacaciones... Sonreí, recordando algunas de las situaciones en las que nos tomamos algunas de aquellas fotos. Me percaté de un detalle sin importancia pero que significó mucho. En todas y cada una de las fotos había un nexo común: se nos veía felices. La antigua Olivia lucía enamorada hasta el tuétano de aquella sonrisa y aquellos ojos color chocolate, era feliz. ¡Dios, cuánto echaba de menos sentirme así! ¡Cuánto echaba de menos a Joel, su olor, su cuerpo, su presencia!

Limpiaba una lágrima furtiva que cayó sobre una de las páginas cuando vi despuntar algo tras una de las fotografías. Con dificultad, saqué una pequeña hoja que se había quedado adherida a la instantánea y me quedé pálida. Reconocí al segundo aquel papel que aún mostraba las marcas de haber sido arrugado. Lo recordé encerrado en mi mano diez años antes en aquel aeropuerto, mientras decía un “hasta luego” que duró demasiado tiempo.

Leí las palabras allí escritas, presa de la emoción y con los ojos anegados de lágrimas, que acabaron recorriendo mis mejillas con celeridad. «Cosas que haremos tú y yo cuando volvamos a vernos», balbuceé entre pucheros. Un viaje a Roma, saltar en paracaídas, hacer submarinismo, teñirnos el pelo de azul, tatuarnos...

Allí estaban impresos nuestros deseos de juventud que nunca llegaron a cumplirse, que dejamos olvidados durante mucho tiempo y que, casualmente, el destino había decidido poner de nuevo en mi camino en un momento crítico.

Abriendo los ojos

Aquella noche dormí como hacía mucho tiempo que no lo hacía. Me desperté tranquila y descansada por la mañana, con el firme propósito de darle un giro a mi vida. Las palabras de Alex, junto al descubrimiento de aquella pequeña y olvidada lista de deseos me abrieron los ojos. Tuve el convencimiento de que algo había cambiado en mí y que, al menos, me merecía una oportunidad. Por primera vez desde hacía un año, sentí ganas de recuperar mi vida.

Lo primero que hice fue llamar a Pete. Me sentí con fuerzas para, por fin, hacerle saber que no le guardaba ningún rencor. Después de todo, él había sido tan víctima de esta enfermedad como lo era yo. Fue una conversación muy bonita, que creo que a los dos nos dio mucha paz. Ambos la necesitábamos.

Acudí a la consulta del Dr. Krakowski buscando las respuestas que hacía un año no quise escuchar. Ahora me sentía preparada, había llegado el momento de dar el paso. Seguí absorta en mis pensamientos cuando una voz me sacó de ellos:

—¿Puedo invitarte a una copa, guapa?

Levanté la mirada y encontré la sonrisa de Dylan iluminando su rostro, tan reluciente como su cabello color trigo.

—No es de un Starbucks, pero te aseguro que no moriremos de esto — insistió irónico, ofreciéndome un vaso con café de la máquina del hospital.

—Disculpa, gracias —respondí, devolviéndole la sonrisa mientras cogía el vaso.

Dylan se sentó a mi lado y me observó divertido mientras daba un sorbo a su bebida. Lo miré de soslayo e hice lo mismo. Cuando lo conocí meses atrás durante uno de mis chequeos, no imaginé lo dura que debía haber sido su vida. Aquel día, cuando me devolvió el libro que había perdido al salir

corriendo de la consulta, creí que era un chico como cualquier otro: universitario, atractivo, lleno de vida, de esos que te cruzas por la calle y supones que debe tener una vida sin complicaciones, con un futuro prometedor y a los que sueles envidiar su juventud.

Al principio me mostré muy esquiva; me daba vergüenza que alguien supiera que estaba enferma. Bueno, no exactamente. Me avergonzaba que alguien llegara a descubrir cuál era mi enfermedad. Estaba enfadada con el mundo. «No te preocupes, los seropositivos no llevamos un cartel pegado en la frente que anuncia: ¡Hola, soy portador del virus VIH!», me tranquilizó la primera vez que me habló. Y me hizo sonreír. Fue la primera vez que lo hice en meses.

A medida que pasaba el tiempo y coincidíamos en el hospital, una especie de complicidad surgió entre nosotros. Nadie mejor que él sabía lo que era esta dolencia, y me sentí protegida. Supongo que también sintió compasión por mí, porque en aquellos primeros meses yo era menos que nada. Me dio consejos, me recomendó a su terapeuta, me animó a retomar mi vida y a no dejar que la enfermedad mermara mi estabilidad emocional. Lo que más me sorprendió de él no fue conocer que era portador desde su nacimiento, sino su forma de tomarse la situación. En las ocasiones en que habíamos charlado, siempre se había mostrado optimista, e incluso su forma de bromear e ironizar sobre la enfermedad me chocó al principio. Entendí que su caso era muy distinto al mío. Cuando en una de esas conversaciones me atreví a preguntarle por ello, me confió resignado: «He tenido todo el tiempo del mundo para hacerme a la idea. No he conocido otra vida que esta, no puedo comparar». Deseé en muchas ocasiones no haber tenido pasado. Dylan no tenía referentes anteriores; la enfermedad siempre había estado presente en su existencia. En cambio yo tenía recuerdos y vivencias que nunca más podría repetir. Aquello me carcomía el alma. Pero, sin duda, me hizo ver lo egoísta que era, porque yo debía sentirme afortunada por tener ese pasado.

—¿Revisión? —me preguntó, interrumpiendo mis reflexiones.

—No, hoy no. Necesito consultarle al doctor una cosa —contesté azorada.

Dylan me observó con detenimiento y sonrió socarrón.

—¿Hombres?

—¡Ey! —lo amonesté sorprendida—. ¿Qué te hace pensar eso?

Se acomodó divertido en la silla y bebió otro sorbito de café mientras yo me retorció en mi asiento al verme descubierta.

—Bueno, es la primera vez que te veo maquillada, y te he estado observando desde la máquina de café. Normalmente no te fijas en nadie. Entrás aquí, te sientas y esperas apartada del mundo dentro de tu burbuja. Hoy no has parado de mirar a aquellos dos del fondo. Hasta se te ha puesto cara de boba —susurró, apoyando su hombro en el mío mientras señalaba a la pareja de enamorados a la que, en efecto, no había dejado de mirar desde mi llegada.

Me puse roja como un tomate, pero no pude negarle la evidencia. Ya los había visto fugazmente en alguna ocasión, pero ese día llamaron mi atención. Cogidos de la mano, haciéndose confidencias, se sonreían e incluso se dedicaban miradas que me corroyeron de envidia. Hacía tanto tiempo que nadie me miraba así...

—Mark y Estela. Él es positivo y ella negativo. Se conocieron aquí hace unos años, ella era su enfermera. El amor no entiende de circunstancias, ya sabes, pasa y punto —me dijo, dándome un codazo de complicidad—. Han adoptado a un bebé no hace mucho.

—¿En serio? —exclamé fascinada.

—La vida sigue, Olivia, solo que eres tú quien decide cómo y con quién quieres compartirla. Tenías a alguien, ¿verdad? —me interrogó casi afirmando la pregunta.

Asentí sin decir palabra y me entristecí. Por el carácter de mi semblante, supongo que imaginó el motivo por el que mi vida amorosa pasó a la historia, pero no insistió para que le contara nada. Siempre había sido muy respetuoso, por esa razón decidí abrirme un poco más.

—Lo aparté de mi vida cuando me enteré de que estaba enferma. No era justo para él.

—El miedo es mal consejero. Nos hace temer lo que desconocemos y provoca que nos adelantemos a los acontecimientos. Creemos que así evitaremos más dolor, pero eso no es así. Las cosas, si han de suceder, sucederán, Olivia. O no. Te lo digo por experiencia, créeme —confirmó con firmeza.

Volví a mirar a la pareja con curiosidad, hasta que su imagen se transformó y pude distinguir a dos personas que reconocí de inmediato: éramos Joel y yo, compartiendo carantoñas, miradas y, quizás, la vida que habíamos planeado. Sonreí con pesar y aparté la vista hacia mi regazo, finalizando mi ensoñación. ¡Cuánto lo echaba de menos!

—Olivia, es tu turno —me indicó Dylan, dirigiendo su mirada hacia la consulta, donde una enfermera me dedicaba una sonrisa amable.

Me levanté como un resorte y, antes de llevar mis pasos hacia el despacho, me planté frente a Dylan, que aún seguía bebiendo su café recostado en la silla, y le di el mío.

—Muchas gracias, Dylan. Por el café. Por todo —manifesté con agradecimiento.

—Ya sabes: “Si nada nos salva de la muerte, al menos que el amor nos salve de la vida”.

Me regaló una de sus encantadoras sonrisas y brindó con ambos cafés mientras me guiñaba un ojo. Suspiré profundamente y, acompañada de una gran serenidad, entré a la consulta con esa bonita frase de Neruda que yo tan bien conocía, rondando por mi cabeza.

Todas las dudas que albergaba respecto a una vida en pareja fueron resueltas por el Dr. Kakrowski, que se mostró complacido porque al fin había reunido el valor de dar un paso más y olvidar mi testarudez en torno a ese

tema. Al contrario de lo que pensé, existían medios para mantener relaciones sexuales satisfactorias sin riesgo de contagio. Medidas que garantizaban una vida sexual sana si se tomaban las precauciones oportunas. Me habló del condón vaginal, una de las opciones más adecuadas para estos casos, y respondió con gusto todas y cada una de las preguntas que se me pasaron por la cabeza.

Salí de la consulta con un halo de esperanza en mi corazón; quizás no estaba todo perdido. Me apetecía amar, necesitaba ser amada. Necesitaba a Joel, en todos los sentidos. Era hora de trazar un plan, el plan para recuperarlo.

Alex se sorprendió cuando, al llegar a casa, me encontró preparando la cena. Aunque compartíamos las noches entre confidencias, era él el que siempre se encargaba de cocinar.

—¿Qué celebramos? —preguntó cuando se acercó y me besó la cabeza.

—Tengo que contarte algo. Siéntate y lo hablamos mientras cenamos —lo insté casi obligándolo a hacerlo.

Le conté mis planes entre el primer y el segundo plato. Para cuando llegamos al postre, él seguía escuchándome en silencio. Necesitaba su ayuda si quería recuperar a Joel, y estaba segura de que no me fallaría tampoco esta vez.

—Estás loca, ¿lo sabes? —afirmó con una gran sonrisa en el rostro—. Pero en este caso, me alegro de que hayas perdido la cordura. Está bien, te ayudaré.

Me sentí eufórica; me lancé hacia él dando botes hasta besarlo y abrazarlo sin medida, lo que provocó que ambos cayéramos al suelo.

—Olivia —me dijo una vez que recuperamos el resuello tras las carcajadas. Yo lo miré y le sonreí—. Me alegro de que hayas vuelto.

—Yo también, Alex, yo también.

Nos quedamos allí tumbados, cogidos de la mano y mirando hacia el techo. Este era el comienzo. Iba a retomar mi vida de nuevo.

Mi vida sin ti

Alex se citó en casa de Joel —mi antiguo hogar— la tarde del miércoles, bajo la excusa de ver un partido. A él no le extrañó, ya que lo hacían con bastante asiduidad. A raíz de mi enfermedad se habían convertido en grandes amigos. Supongo que se apoyaron el uno en el otro, cuando yo decidí excluirme del mundo.

Lo que no esperaba Joel era abrir aquella puerta que yo cerré un año atrás y encontrarme a mí al otro lado. Yo tampoco lo había visto desde entonces, y la impresión que me causó el tenerlo a apenas un metro de mí fue demoledora.

Aunque más delgado, no había perdido ni un ápice de su masculinidad. Con el pelo ligeramente más largo y ensortijado, barba de tres días pero cuidada y aquellos ojos grandes color chocolate abiertos como platos, emitió un sonido semejante a un gemido producido por la sorpresa. Tuvo que agarrarse al marco de la puerta para disimular que sus piernas perdieron estabilidad. Yo, simplemente, me aferré clavando mis uñas al pequeño bolso que colgaba de mi hombro, deseando que no se percatara de que el encuentro era tan emocionante para mí como para él. Pero ¿a quién queríamos engañar?

—Hola —balbuceé a duras penas.

Joel no podía articular palabra, mi visita lo había dejado fuera de juego completamente.

—Olivia, ¿qué haces aquí? —murmuró tosiendo para recomponerse.

—Me gustaría que habláramos, si te parece bien.

Nos miramos a los ojos fijamente y ambos fuimos conscientes de la cantidad de sensaciones que nos producía el hacerlo. Joel movió la cabeza

para tomar el control.

—Yo... Me pillas en un mal momento...

Por un costado, vi que el que fue mi antiguo hogar estaba atestado de cajas llenas de nuestras cosas. Parte de nuestras vidas se irían con él a Australia si yo no ponía remedio.

—No importa, si quieres podemos pasear un rato —propuse con miedo a que se negara.

—Está bien. Espera un segundo. —Cerró la puerta y al momento salió por ella mientras se ponía una chaqueta.

Fuimos caminando en un silencio incómodo durante unos minutos. Era extraño que su sola presencia en un acto tan banal removiera tanto en mi interior. Lo miré de soslayo. Estaba tenso, con las manos dentro de los bolsillos del pantalón; una postura que yo conocía de antaño y que indicaba que estaba muy nervioso.

—¿Cómo estás? Te veo... muy bien —preguntó, cortando el hielo.

—Bien. Mucho mejor, gracias.

—Me alegro —contestó mientras asentía.

Yo le devolví la misma pregunta, y respondió lo mismo. Aquello era surrealista. Tenía tantas cosas que decirle... ¿Por qué no me salían las palabras?

—Alex me ha dicho que te marchas —me atreví a decir al fin.

—Sí, pasado mañana. Me han ofrecido un buen trabajo, así que... ya nada me ata aquí.

Aquella coletilla me hizo daño. No sé si lo hizo intencionadamente, pero no podía reprocharle nada si así fuera. Fui yo la que le pidió que se marchara

de mi vida. Me detuve mirando al suelo y él pasó de largo unos pasos. Al percatarse de mi pausa, se dio la vuelta y esperó.

—Siento haber tenido miedo, Joel —murmuré sin mirarlo.

Noté cómo suspiraba mientras se posicionaba frente a mí con decisión.

—¿Crees que yo no tuve miedo? ¡Estaba cagado de miedo! —exclamó decepcionado.

—Lo sé —respondí, ahora sí levantando mi vista y posando con cuidado mi mano sobre su antebrazo.

—¿Lo sabes? Entonces, ¿por qué me apartaste de tu vida, Olivia? ¿Por qué no me dejaste estar contigo cuando más lo necesitabas? —me exigió dolido mientras se mesaba el pelo.

—No lo sé, Joel, simplemente tuve miedo, por ti, por mí. ¿Cómo podía obligarte a sacrificar tu futuro al lado de una enferma? No podía hacerte eso.

Al contrario de lo que esperaba, con mis lágrimas sentí alivio y no dolor. Había mantenido esas palabras ocultas en mi alma hasta ese momento, y en cuanto salieron de mi garganta, el nudo que habían formado en mi pecho desapareció.

—Ni siquiera me dejaste comprobar qué era estar contigo estando enferma. No me diste opción para averiguar si podría continuar a tu lado o no. Yo te quería, ¿cómo llegaste a pensar que podría llegar a abandonarte? —sollozó, soltando su rabia a raudales—. Un año, Olivia. Un año esperando a que me llamaras o me dejaras verte. Un año que ha sido un auténtico calvario. Un año preguntándome qué es lo que hice mal.

Instintivamente, al verlo roto de dolor me adelanté un paso y lo abracé con todas mis fuerzas. Él no se movió; seguía derramando sus lágrimas, inmóvil, incapaz de mostrar indulgencia ante mis palabras. ¡Cuánto daño le había hecho! ¡Cuánto!

—Tú no hiciste nada malo, Joel. Ha sido un año muy duro para mí, en el que he aprendido a aceptar que convivo con una enfermedad, en el que he intentado aceptarme a mí misma con lo que eso significa. Te pedí tiempo, y entiendo que quizá ha sido demasiado. Quiero que sepas que lo hice para evitar que sufrieras, y lo que he conseguido es que hayas vivido un infierno.

—Escúchame. Si en lugar de haber salido tu análisis positivo hubiese sido el mío, ¿hubieras dejado que yo te echara de mi vida? —exigió rotundo.

—¡Por supuesto que no! —exclamé sin dudarlo desde el fondo de mi corazón—. ¡Jamás hubiese permitido que pasaras por esto solo! Hubiese estado ahí contigo hasta...

Me quedé callada de inmediato y entonces lo entendí: lo que no quise escuchar, lo que no quise ver hacía un año. Joel se secó la última lágrima que recorría su mejilla y me miró con deleite.

—¿Lo comprendes ahora?

Mis piernas flojearon y sentí un dolor intenso en mi pecho. ¡Qué ciega había estado!

Yo nunca le hubiese abandonado si hubiese sido el portador. Nunca.

Joel me sostuvo con cuidado y me apretó contra su cuerpo, evitando así que me descompusiera por el llanto, que ahora fluía sin control. Nos sentamos en un banco y él me mantuvo apoyada en su pecho hasta que pude respirar con normalidad, y el sofocón que había pillado se desvaneció. Nos mantuvimos en silencio unos minutos más hasta que decidí romperlo, aun sabiendo la respuesta que iba a obtener:

—Si te pidiera que no te marcharas, ¿lo harías?

Su silencio me confirmó que había llegado tarde. Era lógico. Un año de ausencia era mucho tiempo, y por mucho que me quisiera, mi actitud había provocado un enfriamiento casi obligado de la relación. No dije nada, tan solo asentí resignada. Joel tenía hincados los codos en sus rodillas y apoyaba su cabeza sobre sus manos, muy preocupado. ¿Cómo podía llegar un día y pedirle

volver como si no hubiese pasado nada? De nuevo, volvía a hacer gala de mi egoísmo. Sentí que me había equivocado, debía haberlo dejado marchar.

—Olivia, necesito tiempo —me informó con calma—. Llegas después de haberme ignorado durante un año y ¿qué me propones? Estoy cansado, necesito salir de aquí. Me ahogo. Una temporada lejos creo que me vendría bien, ¿lo entiendes? Te quiero, te he querido siempre, pero necesito alejarme y pensar.

Escuché callada mientras retorció las manos en mi regazo. Debía ser realista, lo había perdido. Suspiré y me recompuse, intentando evitar que más lágrimas brotaran de mis ojos. No iba a ser fácil, pero tenía que agotar hasta el último cartucho, la última posibilidad. Lo miré a los ojos, esos preciosos y brillantes ojos color chocolate, e intenté sonreír.

—Tienes toda la razón; al fin y al cabo, yo te pedí que salieras de mi vida. No puedo reprocharte nada. —Cogí aire y lo expulsé despacio, cerré los ojos y continué mi pequeño discurso. Quizás el último—: Respetaste mi deseo de permanecer alejado y creo que es justo que yo ahora haga lo mismo. Quiero que sepas que nunca he dejado de quererte. No creas que te lo digo para que te quedes, no. Solo quiero que no pienses ni por un momento que dejé de amarte. Mi comportamiento no fue ejemplar, pero dadas las circunstancias, no supe hacerlo de otra manera. Espero puedas perdonarme algún día.

—Olivia...

—No, déjame terminar —balbuceé con la barbilla ya temblorosa—. No merecías que te tratara como lo hice ni que te abandonara sin ninguna explicación de peso. No debí elegir por ti, me hice responsable de una decisión que no me correspondía y, con ella, te he causado más dolor del que quería evitar que padecieras. Toma. —Le ofrecí un sobre que saqué del bolso casi a tientas—. Creo que te mereces una explicación de cómo me sentía en ese momento para que entiendas lo asustada que estaba y mis motivos para actuar de aquel modo. Una carta de despedida, la que no fui capaz de escribirte aquella mañana cuando abandoné nuestra casa.

—Olivia, yo no he dicho que no quiera estar contigo. Pero, de verdad,

necesito tiempo, para pensar, para recomponerme... —subrayó con pesar, completamente confundido.

Apresé su mano con la mía y la llevé hacia mis labios, pero no la besé, la desvié hacia mi mejilla y acaricié mi rostro contra ella. Noté cómo Joel se tensaba y cerraba los ojos para contenerse. Debía marcharme, aquello era demasiado duro para los dos.

—Lee la carta si te apetece antes de marcharte el viernes. Decidas lo que decidas, me parecerá bien. Te quiero y siempre te querré, Joel. Siempre.

Me levanté despacio y me dirigí a paso lento hacia mi coche, dos calles más allá. Joel no me siguió, permaneció allí sentado con el sobre en la mano, mirándolo fijamente. No exploté en llanto hasta que hube entrado en el auto. Ya estaba hecho, y ahora solo me quedaba esperar. Mi futuro dependía de esa carta

Salto de fe

Hoy es viernes. Estoy en el aeropuerto con la tarjeta de embarque en la mano, esperando a que anuncien el momento de embarcar dirección Roma. Sé que Joel está aquí en la misma terminal, esperando para partir hacia Australia. No lo he visto, he intentado evitar hacerlo. Alex me ha acercado en coche y nos hemos despedido en el vestíbulo, no he querido que se quedara hasta mi partida. Ha sido emocionante, y me ha deseado toda la fuerza del mundo. «No pierdas la fe», me ha dicho mientras hacía un gesto triunfador con el brazo.

Pase lo que pase, mi intención es viajar a la ciudad italiana de vacaciones, tal y como siempre he soñado. La duda era si lo iba a hacer sola o no. Viajar a Roma era el primero de los deseos de aquella lista, que diez años atrás encerré en mi puño en aquel mismo lugar. Aquella a la que llamamos: “Cosas que haremos tú y yo cuando volvamos a vernos”, y que quedó olvidada hasta que la descubrí tras aquella foto.

Un papel con cuatro garabatos que ahora lo significaban todo para mí, y que se encontraba en aquel sobre que le ofrecí a Joel dos días atrás, junto a un billete mellizo al mío. Le escribí una carta, que también adjunté, en la que expresé todo lo que me había resistido a decirle durante el año anterior, pidiéndole perdón y aceptando mis errores. Le declaraba mi amor incondicional, mi admiración por su comportamiento cuando yo no lo merecía y mi total y absoluto respeto por la decisión que tomara hoy, fuera cual fuera. Aquel sobre contenía la llave que podría abrir una puerta al futuro con Joel, o también cerrarla para siempre.

Escucho cómo avisan por megafonía de que mi vuelo está preparado. Me levanto nerviosa del asiento y, con cautela, miro a mi alrededor. Busco su cara entre tanta gente, tengo fe en que acuda a mi encuentro. Mantengo la ilusión de que no suba a ese avión que lo llevará a los confines del mundo y se quede a mi lado.

Mientras la cola de viajeros avanza, mi nerviosismo se acrecienta. Joel no aparece y mis esperanzas están menguando, en la misma medida que el

espacio que me separa de la puerta de embarque. Busco su silueta varias veces más antes de que llegue mi turno, pero el hombre al que amo no hace acto de presencia. Soy la última pasajera en entregar mi billete a la sonriente azafata que hay junto al mostrador. Me giro una última vez; nada. Vencida, agarro mi maleta y me dispongo a dar el primer paso de mi nueva vida. Acepto que he perdido, que no he podido sanar una herida demasiado grande. Viene a mi mente la frase que Dylan me dijo la última vez que nos vimos: «Las cosas si han de suceder, sucederán. O no». Suspiro e intento recuperar mi entereza, doy un paso al frente pero algo impide dar un segundo.

Noto una presión en mi antebrazo, una mano que se aferra a él impidiéndome continuar mi camino. Dirijo mi mirada hacia ella y la reconozco. La reconocería entre mil más si hiciera falta. Un escalofrío recorre mi columna vertebral hasta erizarme el último vello de mi piel, dejándome completamente expuesta a las emociones. Suelto la maleta a mi lado y me vuelvo muy despacio, sin apartar la vista de aquella mano que me agarra. Tengo miedo a levantar la mirada y equivocarme, descubrir que no pertenece a quien yo creo. Con la cabeza gacha, veo una figura ante mí, que me confirma que no he errado. Sin duda alguna es Joel, pero tengo que asegurarme de que no estoy viviendo un sueño y realmente, ahora mismo, se encuentra allí, que no ha subido a su avión.

Alzo mis ojos hasta dar con los suyos. Grandes, color chocolate, brillantes y, de nuevo, llenos de vida. Su mirada me desarma por completo, voy a estallar de felicidad, pero necesito que me diga algo que confirme que entendió mi mensaje y que me ha elegido.

Recorro cada centímetro de su rostro hasta llegar a su boca, que me regala una sonrisa sincera y magnífica. Acerca su rostro al mío mientras con su mano libre levanta mi barbilla hasta dejarla a la altura de sus labios. Casi podemos beber del aliento del otro. Su olor penetra en mi nariz hasta llenarme de deseo, de necesidad. No me he dado cuenta, pero creo que estoy temblando. No puedo aguantarlo más, no puedo. Él se anticipa a mis pensamientos y funde sus labios con los míos, eliminando así cualquier duda que pudiese tener sobre sus sentimientos.

El beso es lento, tierno, sutil. Lo suficiente como para que cada

terminación nerviosa de mi cuerpo reaccione al contacto de su piel contra la mía. Mi corazón se acelera exponencialmente y puedo sentir que sus latidos se sincronizan con los míos hasta fundirse en una sola melodía. Nada existe ahora mismo a nuestro alrededor más que nosotros dos.

La tos de la azafata rompe el hechizo que nos envuelve, devolviéndonos a la realidad con la respiración descontrolada y las emociones desbordadas. Nos informa de que no pueden esperarnos más, y que si vamos a subir al avión, hemos de hacerlo ahora.

Miro a Joel, buscando la respuesta en sus ojos. Me da igual si subimos o no a ese avión. Decida lo que decida, deseo que lo hagamos juntos.

—Vamos. Es hora de que cumplamos aquello que prometimos hace mucho tiempo. Recuerda que las promesas no se pueden romper. Trae mala suerte, pequeña.

Tras admirarnos durante un segundo más, nos sonreímos y fundimos nuestras manos hasta hacerlas una sola. Roma nos espera para dar la bienvenida a nuestro futuro, pero esta vez, juntos.

FIN